

El mundo del libro

Escribe: **AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO**

DEL QUIJOTE Y DE LA MANCHA—Por **Lucio Pabón Núñez**—Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada—Bogotá, Colombia.

Ahora sí Lucio Pabón Núñez ha entrado plenamente a ejercer sus oficios de escritor. El morbo de la política tropical, garrulera y de corto vuelo, iba echando a perder una vocación intelectual de hondas raíces en quien, desde muy niño, ha mantenido un trato y contrato activo y afectivo con los libros y las ideas. Definitivamente la política nuestra está reñida con las actividades puras del espíritu. Lo cual no deja de ser una acotación amarga, porque significa que el ejercicio de la política, ennoblecida por Cicerón, viene a ejercerse por gentes secundarias, demagogos sub-desarrollados, avivatos de toda pelambre. Clima propicio para que se desanuden como babosos caracoles, astucias y vilezas. En las cuales naufragan la inteligencia y se pierde todo rigorismo mental.

En buena hora, por tanto, Pabón Núñez fue derrotado para una curul senatorial. Porque se ha visto enfrentado a sus propios talentos, sin necesidad de andar por ahí ayudando a colocar alcaldes, remover inspectores, denunciar trampas “municipales y espesas”. Su clima es el de los libros adustos, del pensamiento creador y suscitador, de todo aquello que, por lo mismo desinteresado que es, confronta una vocación, una voluntad de amar, un positivo servicio a la cultura. La cual anda entre nosotros como un saltamonte, de rama en rama, de escuela en escuela, de capilla en capilla. Necesitamos, en verdad, remozar nuestros cuadros intelectuales con valores auténticos, no con pasajeras modas, que, generalmente han perdido ya toda su esencia y presencia en los países de origen. Aquí, no obstante la revolución en las comunicaciones, todo nos sigue llegando tarde “hasta la muerte”.

Lucio Pabón Núñez ha escrito un libro original. Tal como queda escrito. Parecería que ya nada nuevo hay que decir de la novela humanísima de Cervantes, ya que la bibliografía es copiosísima en el mundo entero. Pues bien: Pabón Núñez, ha demostrado que el tema tenía aún muchos caminos inexplorados. Sus meditaciones tienen hondura y son creación. Mejor dicho: un fruto nuevo, de doradas cortezas y pulpas melíficas, le ha nacido al

gran árbol cervantino. Porque Pabón Núñez, en una prosa de gran alzada, de verdadera calidad estilística, nos lleva de la mano por la Mancha, haciéndonos partícipes de hallazgos, resonancias, sorpresas, que desconocíamos.

Su retrato de Sancho, es sencillamente admirable. Ya no el robusto saco de decires, el sentido común hilando su sayal polvoriento, sino una forma de idealismo, de ver el mundo con asombro aunque para ello tengamos que emplear la caricatura, el trazo tomado de la realidad, el muro para que se doble y parta la adarga espectral. Sancho no es, en consecuencia, la contrapartida, sino otra forma de ver el mundo, pero con ojos bien abiertos, empañados por la ternura. Tanto puede el caballero del flaco rocín sobre su escudero, que este, se va tornando otro Quijote, y termina delirando quimeras, a tiempo que su amo recobra el uso de la razón, esa vieja enteca, que mata el romanticismo, que nos lleva a filosofar, o sea, a encontrarle a las maravillas del mundo, razones de tipo puramente ideológico, fantasmas de nuestra propia inteligencia.

Pabón Núñez ha recorrido el itinerario intelectual del Quijote con una disciplina ascética. Nada en este su nuevo libro es producto de meras divagaciones. El material de primera mano, está muy acotado. Sigue rumbos, influencias, tiempo histórico, atmósfera vital, tal como se respiran en la obra eterna. Ya que el Quijote es la hazaña de la humanidad, ya sea española o de cualquier latitud. Su humanidad viva, crepitante, no tiene par en ninguna otra literatura. Sus tipos son géneros vivientes, patético realismo. Por tanto, El Quijote es parte del mundo que vivimos y padecemos, una honda resonancia de nuestro propio YO. Todo esto y mucho más, nuevo y originalísimo, está tratado con maestría en **Del Quijote y de la Mancha**. Obra clásica, por excelencia. Porque su autor se enfrenta a meditaciones y cogitaciones que tienen mucho de intemporal, tras-mundo simbólico, máscaras gesticulantes, el YO desdoblado de todo hombre, con sus humores, sangres, idealismos, fracasos y ligeras victorias.

Recomendamos la lectura de esta obra a quienes en verdad se preocupen por temas, nombres, situaciones que nos corresponden, son el pellejo que fermenta, el vino de la nostalgia o la misma vida perra, que como en la ronda de la gallina ciega, nos hace disparar por los caminos de la evasión fortuita y circunstancial. Libro este que traza rutas que debemos seguir, apurando todo su contenido estético.

* * *

ESTACION DEL RITMO—Poemas—Por Carmen de Gómez Mejía—Talleres Salesianos—Bucaramanga, Colombia.

Viene cumpliendo Carmen de Gómez Mejía un resplandeciente itinerario poético. Hay mucha fragancia de polen nuevo en estos poemas. Su autora entiende la poesía como una dura vocación de sacrificio. No participa de cierto intelectualismo alambicado, que es apenas expresión de estilísticas españolas, de sistemas nerviosos de cristal y nácar, pero sin estar

teñidos por la sangre del hombre. Ya que vivir es esforzarse, subir los peldaños del Gólgota, cayendo, renunciando y resucitando. Hoy nada se puede hacer sin el concurso del género humano. Ni leyes, ni poemas, ni artes plásticas, ni siquiera la elaboración de los sueños. Está más patente este drama en la poesía contemporánea. En la verdadera y valedera, no en tanta otra, monumental columna de hojarasca que tendrá que arder y crepitar en el desierto de las inutilidades y frustraciones líricas. La aproximación a la sangre del hermano, la densidad de ese aceite amargo, es lo que nos redime y limpia el pecho de los pecados del orgullo, la vanidad o simplemente de los vicios subalternos del calco, de la grotesca imitación de modelos superiores, del artificio y el sofisma. Irremediablemente el poeta tiene que hacerse, padeciendo su agonía. La palabra por su lujo asiático, la torre de marfil y el canto del cisne, la rosa sin espinas, y los juegos de palabras con la brisa, el arroyo, la frente de la doncella, el barniz pictórico, todo eso es pura trampa literaria, bonituras que han de pasar irremediablemente.

Carmen de Gómez Mejía siente el temblor poético. Que es divino y humano o no es nada. Cada día se interna más en el laberinto del subconsciente, de las memorias con garras y raíces, de la fatalidad que gobierna el mundo. Nace, en esta forma su tarea de los propios acantilados del alma. Y sus criaturas líricas, sufrientes y suplicadas, tienen ardores, vegetaciones, puntos de estrellas, resonancia de caracolas a la orilla de mares vírgenes y coralinos. Aquí todo es fragua, ardor, estaciones tibias del alma. La mujer muestra su rostro demudado por las interrogaciones. Aunque ya es hora de que Carmen de Gómez Mejía realice la tarea del despojo. Quitar palabras, adjetivos efectistas, floración innecesaria. La voluntad de despojarse entraña significaciones que le permiten al poema respirar por sus propios pulmones literarios. Es preciso huír de la elocuencia en todas sus formas. Que, además, en estos tiempos es de mal gusto. Ya que vivimos en un mundo de trágicas apariciones, neurastenias y frustraciones, inhibiciones, muecas. El universal terror unifica a las gentes. Y la poesía tiene que confrontar ese mundo, ya no en forma de libélula que vuela, sino de gusano que se arrastra. Nada sucede en los cielos, siempre iguales. Pero en esta tierra que pisamos, ¡cómo cambian las cosas, los seres, los movimientos, los amores y desesperanzas! La poesía debe traducir esos estados. Lejos están ya el parnasianismo, el simbolismo, el romanticismo. Ahora es el peso de la tierra, el fango que se pega a nuestros pobres zapatos urbanos y rurales, la poesía de todo lo humilde.

Carmen de Gómez Mejía está arribando con sus barcos a buen puerto. Se adivina el esfuerzo lírico, la voz que nos inunda y anonada. Leamos dos poemas hermosos y verídicos de este nuevo libro:

HERNANDO

*Hermano: ahora que llevas
un pantalón de tierra
y un saco de gusanos
pienso cuando los dos
lo rellenábamos de sueños.*

*Un vestido que ni tú,
ni yo acabamos.
Siempre estábamos comenzándolo.
Rellenándolo tú de cosas grandes y extrañas,
yo de simples y pequeñas.*

*—Todas pesaban—
Y cada cual habitaba
dentro de su propio infierno
y preparaba su tierra
para las cuatro estaciones del año.*

*Siempre el mismo vestido, añadiendo pedazos,
hasta hacerlo inmenso.*

*Y qué tan pequeño era hermano,
no daba la forma de tu cuerpo,
era un poco de aire,
una gota de agua,
un puñado de ceniza,
un soplo de aliento.*

*Yo sigo cosiendo a grandes puntadas
mientras, otros, lo coserán mañana.*

HOMBRES PRESENTES

*Ya no habitan esta casa
y está su espíritu presente.*

*Zumbidos de hélices rotas
con sus voces adheridas al espacio.
Ojos de pupilas vigilantes,
ojos torvos, sangrientos,
miopes de sueño,
desnudos de esperanza.
Cada mirada nos robó una ráfaga de luz,
un soplo de aliento,
en nuestras vidas nos dejaron
un poco de su muerte.*

*El hombre está de pie
pero ni él ni los otros
afirman su presencia.*

*Hace mucho se perdieron sus huellas
en las pisadas de los otros.
Y solo hubo un instante presente.*

*Sentimos, percibimos los vapores
de estas vidas extinguidas,
y ese rumor sordo de voces estranguladas
cuya palabra quedó temblando.
Y solo hubo un instante presente.*

*Padecieron todos los tormentos,
se desgarró su cuerpo,
se disolvió su carne
en oscuros metales
sus formas quedaron plasmadas.
Y solo hubo un instante presente.
En pequeñas parcelas dividieron
su tierra y su nombre,
comieron el dolor de los otros
y el propio lo apuraron
hasta hacerlo vino de sangre,
pan de su mesa,
bajo un vapor de aires amarillos.
Y solo hubo un instante presente.*

*Ya no habita esta casa
y está aún su espíritu presente.*

* * *

CENTENARIO DE VALLE-INCLAN

En nuestras mocedades escribimos una semblanza de don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro, que anda por ahí en un libro ya sumergido en las setinas del tiempo. Porque Valle-Inclán fue un descubrimiento y un deslumbramiento para nuestra generación. Muchachos bohemios, leíamos con avidez todo lo que caía en nuestras manos. Bueno o malo. Sin distingos de ninguna naturaleza. Eramos autodidactas fervorosos y los libros ensanchaban mágicamente nuestros horizontes chatos y provincianos. Valle-Inclán, fue, pues, el gran descubrimiento. El “viejo de las barbas de chivo”, flor de leyenda y milagrería, con sus princesas cloróticas, sus lances dignos de los Borgias, su hazaña entelerida en la niebla, nos seducían con una voluptuosidad que se fue apagando con la escarcha de los años. Su leyenda crecía recreada por los mismos españoles. Era manco, como el otro, el gran don Miguel, y también hablaba de rescatar princesas, batirse con aventureros y canallas, alimentar la leyenda, flor cuyo rocío se robaba un ruiseñor canoro en un cuento de abril. Todo era pasmo, gracia lírica, juglar maravilloso que va relatando historias para ser creídas o simplemente noveladas.

Valle-Inclán nacido en Galicia, donde según su decir “las gentes tienen aún los ojos abiertos para el milagro”. Dos pueblos se disputan el honor de ser cuna real de este fosforecente personaje, cuya prosa tiene tanto de gerifalte, de lumbre sobre las alas remeras del halcón: Puebla del Caramiñal y Villanueva de Arosa. Para zanjar la disputa, don Ramón, resolvió afirmar que había venido al mundo en una nave que hacía la travesía entre Villanueva y Puebla.

De humor sombrío, no toleraba el fantasmal caballero que nadie lo abajase en las letras, ni en la vida. Su dignidad se mantenía siempre en vilo, aunque la perra vida le hiciera toda clase de jugarretas. Sus amigos, que sabían de sus penurias económicas, trataban de invitarlo de cuando en

vez a cenar y siempre respondía orgulloso “gracias”, pero he cenado como un cardenal. Aunque no fuera cierto. Su prosa martillada, fue influenciada en su juventud por Eca de Queiroz, D’Annunzio y Barbey-Daurevilly. Escribió entonces *Féminas*, las *Sonatas*, joyel de erotismos, en las cuales las mujeres otorgan sus dones por el placer estético de bellas frases desgranadas a su oído, por el señor Bradomín. Prosa aquella de un temblor lírico muy semejante al vuelo de la mariposa que en la tarde se convierte en ceniza.

Pero don Ramón del Valle-Inclán estaba destinado a muy altos y esforzados destinos. Escribió entonces *Los Esperpentos*, los cuales no tienen par en otra literatura. Por ellos desfilan hombres y mujeres, vidas reventadas y aventadas al turbio arroyo. Burriciegos, cojitranco, alcohólicos, nigromantes, brujos de toda catadura, mujerzuelas, amores ciegos y elementales, al corte de los milagros con su humanidad que jadea, llora, impreca, nos llega con las luces amarillas de la santa compañía. Valle-Inclán aparece como un obispo de los leprosos en el centro de todas las criaturas que nacieron de su pluma. España, desde Galicia hasta la senuquiana y ocre Castilla, rondan en torno nuestro, se hacen mensaje y presencia, voz rodada de panderos, gitanos pequeños con sus lunas de maleficio, o aquellos hidalgos que pasean por sus pazos, con desdeñoso orgullo, dueños de honras, de doncellas, de vidas, de esperanzas. Cortesanía y estrado palaciego; perfume de canciones y verso de abril que abre su orgullo en la mañana; cruzados carlistas, fanáticos por una causa que vendimia el mosto de la gesta. El mundo todo, con sus olores, sudores, fiebres y agonía lo templó como un lienzo el gran viejo fantasmal, sauce lírico, a quien en este centenario recordamos brevemente.

Su gloria es de España, de la eterna y peregrina, que siempre llevamos en el corazón y de pronto acunamos como un niño que nos pide el pan del amor.

* * *

NO RADAR SIN RADAR—Por David Howie—Aguirre—Editor.

En edición bilingüe nos presenta su autor estos breves poemas en los cuales hace abstracción de todo lujo de palabras, para darnos únicamente sus sensaciones al desnudo. Tiene algunos conceptos que demuestran un gran esfuerzo de síntesis para condensar un pensamiento. Trata de hallar expresiones para sus símbolos. Equivalencias y ambivalencias. Atmósfera de la calle, con sus cosas menudas, un tiesto de flores, el color de un bus, el esfuerzo de un gusano para atrapar la flor. Todo ello sin retórica, mundo de melodías y adiposidades verbales. Esqueleto metafórico, que, por tanto, es vida duradera, sueño que se vuelve larva en el subconsciente. Además, el poemario sirve también como guía lingüística, pues, en un inglés de buena cepa, el autor entrega su mensaje, y, al frente, su equivalencia en español. Un verdadero esfuerzo intelectual por hacernos conocer en dos idiomas, que poco tienen de convergente, un pensamiento poético original y con hallazgos líricos no menospreciables.

* * *

VIAJES DE UN NOVICIO CON LUCAS DE
OCHOA—Por Félix Angel Vallejo—Medellín, Colombia.

Fernando González fue un personaje de nuestras criollas letras, representativo de una tendencia iconoclasta, de una estéril virulencia. Tenía talento el cual lo puso al servicio de una obra acerba, íntima, regada de zumos acibarados, aunque no deja de tener algunas acotaciones de sorprendente originalidad. Picaba de filósofo, pero muchas de sus situaciones estaban ya en panfletarios de otros tiempos y latitudes. Shopenhauer fue uno de sus guiones espirituales. También ese rabioso endiosamiento de Nietzsche con su *Anticristo* y sus sermones-parábolas, en los cuales, al lado de resplandecientes verdades, emplea la injusticia y la deformación cultural, como armas para dinamitar un orden existente. Fernando González tiene dos libros, cuajados, de circuito cerrado, trabajados con muy buenos elementos literarios, desusados entre nosotros: *Viaje a pie* y *Cartas a Estanislao*. Encuentra el lector en ellos, un paseante inteligente que acota hechos y los desmenuza y un nacionalismo desgarrado y patético. Frente a una *Gruta simbólica* de poetas románticos, llorosos de ajeno y patetismo que nada tenían de auténtico, González perfora y alancea todo un mundo falso, burgués y regalón.

Pero extremó su capacidad para destilar zumos acres. Y hallamos en muchas páginas suyas, procacidad en grandes dosis, mal humor sombrío, y de pronto, suciedades que lindan con la escatología. Creyó que estaba destinado providencialmente a una tarea de demolición y se aplicó a ella con rabia y furia. Así como otros hombres se adentran por los laberintos solitarios del misticismo, Fernando González, con su pica al hombro, creyó demoler hombres, ideas, ídolos, sistemas. No pudo lograrlo precisamente por su tremenda deformación de lo nuestro. Y en verdad que perdió la oportunidad histórica de haber realizado un balance honesto, serio y responsable de nuestra cultura, que merece un enjuiciamiento serio, para dejar en su sitio a tanto genio de linotipo, a tanto hábil manipulador de sofistas y ficciones que puebla nuestro mundo intelectual, en el cual también encontramos pavos reales, astutos zorros y algún insignificante lagarto. *Viajes de un novicio con Lucas de Ochoa*, contiene una serie de conceptos que no se avienen con la realidad colombiana. Y, además, de un crudo pesimismo frente al trabajo intelectual de otros hombres. Frases de enorme hinchazón, paradojas sin brillo, al lado de finas acotaciones y de operaciones con bisturí hábilmente manejado. Y no olvidemos que alguien dijo que el bisturí es el cuchillo para la carne humana, como el hacha lo es para el carnicero del vacuno.

* * *

HISTORIA Y TRADICIONES DE LA VILLA DE
ARATOCA—Por José Manuel Rojas Rueda—Bucaramanga, Santander.

Las alabanzas a la hidalga Villa de Nuestra Señora de Las Nieves y Santiago el Mayor de Aratoca, escritas por el historiador José Manuel Rojas Rueda, tienen un valor tradicionalista de positivo mérito. No es

fácil que nuestros escritores de hoy, atareados en sumergirse hasta el cuello en el minuto contemporáneo, desligados del pasado y sin adivinaciones hacia el porvenir, dediquen siquiera algunas de sus horas de frenético ocio, a investigar los orígenes de nuestra nacionalidad y a remontarse hacia el mundo de sitios, hombres, memorias que configuraron la patria de que hoy gozan anchurosamente. Y el pasado, en lo que tiene de forjador y nunciador, tiene necesariamente hondas vinculaciones con el presente. El solo hecho de constituir un testimonio, le otorga toda su densidad humana y su color y sabor nacionales.

La Villa de Aratoca ha sido dibujada con mano de finas ordenaciones estéticas, por Rojas Rueda. La bella tierra de sus mayores, con sus consejas que cabalga el lomo robusto del viento; los caserones que fueron panales de vida y de amor; los caminos ocres y humildes; los sitios en los cuales se luchó y se forjó la libertad como la rosa de los horizontes; el habla familiar, honda de substancia como un aljibe de aguas mórbidas repujadas por el viento; hazañas, escudos, halcones, todo ello está presente y patente en esta obra que canta y encanta. Su autor nos trae, vivo y pujante, un dinámico friso. Por él deducimos todo lo que es Santander, con sus libérrimos aires de libertad, sus hombres empecinados en hazañas y templados en los combates; la dulzura de sus mujeres, hermosas y levemente imperiales: la contribución de aquella comarca de embrujo a la historia de Colombia. Y *La Villa de Aratoca*, frutal, brisa de perfumes, leyenda, burgo de encendidos clamores, montículo inspirado. Obra de veras amena y rica en contenido emocional, por la cual Rojas Rueda merece la alabanza de los colombianos.